



HERMANO TEODORO SÁEZ LASHERAS

Doroño (07.01.1931) – Irún (06.01.2021)

Textos de la liturgia de la Palabra:

1 Juan 3,22–4,6 / Salmo 2, 7-8.10-12a / Mateo 4,12-17.23-25

*“El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande;
a los que habitaban en tierra y sombras de muerte,
una luz les brilló” (Mateo 4, 16)*

Convocados en este atardecer invernal por el Señor Jesús, nos encontramos en nuestra Casa de La Salle-Enea, para vivir juntos la despedida de nuestro Hermano Teodoro y celebrar, en el nonagésimo aniversario de su nacimiento terrenal, su amanecer a una vida plena, a una primavera pascual sin fin. Queremos agradecer a Dios el regalo que nos ha hecho dándonos por compañero de camino a una persona entrañable que hizo fortaleza de la debilidad, que nos regaló con mil detalles de generosidad y que vivió creyendo en unos valores, unas convicciones y una fe que han dado ánimo y sentido a su caminar en el seguimiento de Jesucristo resucitado.

Aunque previsible, su muerte nos golpea con mil preguntas, colocándonos delante del misterio de la vida y haciéndonos palpar la profundidad que se encierra en cada persona. Estos días, desde que su estado se agravó, han pasado por nuestra memoria recuerdos de alguien que se forjó en los detalles sencillos y a la vez profundos de la vida corriente y que, como casi siempre ocurre, hacen verdadera la conocida cita de que *“lo esencial es invisible a los ojos”*.

Como comunidad de creyentes, renovamos nuestra fe y nuestra esperanza en la resurrección, y damos gracias a Dios por la luz que, a través de su Palabra, proyecta sobre nuestra existencia y sobre el misterio de la muerte. Agradecemos los 90 años de Teodoro entre nosotros, su persona y su ministerio, testimonio de generosidad y entrega a la misión lasaliana como Hermano de la Escuelas Cristianas. Y elevamos a Dios con confianza nuestra oración por él, con las Palabras de la 'oración sacerdotal' de Jesús: *“Padre, éste es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria... para que el amor que me tenías esté con ellos, como también yo estoy con ellos”*.

Ayer, en la fiesta de la Epifanía del Señor, tras haber permanecido fiel al mensaje profundo del pesebre de que sólo en el amor conocemos al Dios que está con nosotros, feliz y agradecido por el regalo de una vida plena en presencia de Dios, Teodoro se unió a la comunidad de los Magos y siguió, alegre, la estrella que le señalaba el encuentro definitivo con el Señor de la Vida, convirtiéndose él mismo en regalo. Su fallecimiento no es sino una Navidad, una comunión entre lo divino y humano, una ruptura de límites para permanecer en el Emmanuel, Dios con nosotros.

“Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio”. Los que como Teodoro acogen con fe la vida encuentran la luz y ven que sus pasos son guiados por el camino de la paz, con la serenidad espiritual que nace de saberse no a merced de fuerzas extrañas, sino en manos de Dios, como lo estuvo la misma vida de Jesús, el Salvador que el Padre, en su entrañable misericordia, ha suscitado en medio del mundo para liberar la humanidad de toda opresión, debilidad y muerte.

El Evangelio que hemos proclamado como Buena Noticia nos descubre la forma como Dios se encarna en la historia, haciéndola historia de la salvación. Jesús, tras el arresto de Juan el Bautista, deja

su pueblo y su familia, dando un paso trascendental: *“el pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló”*. Es el comienzo del cumplimiento de la promesa. Jesús básicamente se dedica a sanar la vida con su palabra y con sus acciones. Proclama la cercanía de Dios, la inmediatez de su Reino. Nos llama a prepararnos desde lo profundo de nuestro corazón: *“Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos”*. Muchos perciben que se va haciendo la luz en medio de las sombras. Jesús sana, da sentido a lo aparentemente absurdo y sin salida. Por eso las multitudes le siguen.

Esta historia de salvación es también la de Teodoro. Él ha aportado luz entre sus Hermanos de comunidad, sus alumnos y catequizandos, su familia, entre todos aquellos con los que, en tantos lugares, han convivido y trabajado; ha sido parte activa de esa multitud que también hoy quiere seguir a Jesús, adonde vaya, para ser *“reflejo de su luz”*, porque el reino de Dios se hace presente en nuestra historia cuando buscamos vivir en coherencia con la voluntad de Dios en nuestras vidas, especialmente en los gestos de amor al prójimo.

Su historia comenzó un siete de enero de 1931, en Dorofío (Condado de Treviño), hijo de Basilisa y Benito. Como el mismo recordaba, de los nueve a los doce años estuvo al frente de un rebaño de ovejas. Al asistir en Irún a los primeros votos de su primo José Prada, sintió el deseo de seguir la estrella lasaliana, dejó el rebaño y pasó todo un año dedicado de lleno a la escuela y a madurar su llamada vocacional.

Ingresó en el Noviciado Menor de Irún en 1944, donde realizaría también su Noviciado y Escolasticado, y emitió sus primeros votos; tras obtener el magisterio de la Iglesia y el Civil, realizó su profesión perpetua en 1956, año en el que obtuvo también su Bachillerato Superior. Posteriormente obtendría su licenciatura en Filosofía y Letras, rama Historia.

Nuestro Hermano Teodoro desempeñó una intensa vida apostólica al servicio de la misión, casi siempre con responsabilidades educativas y comunitarias. Se inició en Legazpia, donde estaría trece años, siete de los cuales como subdirector. Tras breves estancias como director en Los Ángeles de San Sebastián y en Baracaldo, a partir de 1968 estuvo en Zaragoza durante tres cursos como director del llamado Escolasticado Universitario B, acompañando a un gran grupo de Hermanos en su formación universitaria. Regresaría en 1971 a San Sebastián, ocupando diferentes cargos directivos y de animación comunitaria, durante ocho años.

Si el CIL que cursó en 1975, y su encuentro con los Focolares, fueron para Teodoro una auténtica epifanía que llenó su alma de fuego apostólico, la marcha en 1979 a África (a donde se sentía llamado desde sus años en Zaragoza y urgido por el testimonio del H. Martín Zubillaga), supuso un cambio de ambiente y de vida radical. En Togo primero y sobre todo en Guinea Ecuatorial (veinticinco años) se entrega de todo corazón, dando generosamente lo mejor de sí: Instituto Carlos Lwanga, Escuela Normal, Legión de María, grupos de oración y de jóvenes... son testigos de ello. Vivió feliz entre los africanos, a quienes consideraba sus verdaderos hermanos, en quienes veía al mismo Jesús encarnado en cada uno de ellos, y a los que quiso servir mientras el Señor le dio fuerzas.

Regresó en 2005, pasando cinco años entre Alfaro y la Comunidad Fogaral de Zaragoza, y aunque ya *“gastado”* siguió fiel a su vocación apostólica: colaboración con Cáritas, Hogar del Jubilado, visitas a los presos de la cárcel de Zuera, catequesis y repaso escolar con los niños más vulnerables... hasta que se incorpora, en 2010, a la Comunidad de la Sagrada Familia de Irún, donde mantuvo su compromiso apostólico especialmente a través de la oración, viviendo en cada momento con la intensidad, bondad y afán de servicio que le caracterizaban.

Sin duda, una persona de una inmensa talla humana y espiritual, un hombre feliz “hasta decir basta”, uno de esos testigos que “arrastran” porque su vida siempre va por delante. A cuántos miles de personas ha hecho sonreír, aprender, promocionarse, afincarse más en Dios... Con su carácter alegre, animoso y cercano, fue un excelente animador comunitario; en la misión, apóstol incansable, siempre positivo y luchador, volcado en la escuela, la pastoral y la catequesis, especialmente entre los más necesitados. Con una vida espiritual y de oración profundas. Confesaba que cada día de su vida se sentía más feliz siendo Hermano de La Salle, consciente de que todo lo que el Señor le entregaba (su vida, su tiempo, sus capacidades...) no le pertenecían a él sino “*al mismo Jesús, encarnado en los jóvenes*”, al que quiso, como Pablo, servir apasionadamente. Todo en él estaba anclado en Dios y movido por su Espíritu. Y por eso, con sus palabras y sus ejemplos, con su vida entregada, generosa, misionera, llena de Dios, nos encandilaba a tantos...

Está claro que recordar al Hermano Teodoro es reconocer a quien se encontró con la persona de Jesús y se empeñó en su seguimiento, en una trayectoria vital que le motivaba a darse a los demás al mismo tiempo que le acercaba a Dios, fuente y origen de todo amor gratuito. Su ejemplo y testimonio de fidelidad y dedicación nos alientan y nos dan fuerzas para seguir creciendo como personas y seguidores de Jesús, anunciando y proclamando la Buena Noticia del Reinado de Dios de palabra y con obras, convirtiendo nuestras vidas en un tesoro y un regalo para los demás.

Es consolador saber que en la hora de nuestra muerte nos encontraremos con Aquel que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros. ¡Qué motivo de confianza ir al encuentro del buen Pastor, cuya voluntad única y soberana es que “*cada uno tenga vida eterna y la tenga en abundancia*”!. Que sea así para ti, querido Hermano Juan, a quien hoy ponemos, con Cristo, en las manos misericordiosas del Padre celestial. Y que María, Madre de Jesús y nuestra, a quien tanta devoción tenías, te acompañe a la patria del cielo, para participar en la alegría del banquete eterno, que Dios ha preparado para sus servidores fieles.

Eukaristia honetan eska dezagun gu ere trebatu gaitzela Juan Teodororen ezaugarri nagusienetan: bizitzarekiko baikortasunean, zintzotasunean eta norberaren bokazioarekiko leialtasunean.

Bukatzeko, eskerra bereziak eman nahi dizkizuegu, azken aldi honetan batik bat Juan zaindu duzuenoi. Eta gogora ditzagun gure kantu baten hitzak:

*Heriotzak desegiten du
bizi-lekua munduan.
Baina Zuk, Jauna, hartzen gaituzu
zeure etxean zeruan.
Joan zaiguna
onartu Jauna
zeu bizi zaren lekuan.*

Hala bedi, Anai Teodoro! Egun handirarte!

Semillas del Reino

Sois semillas del Reino
plantadas en la historia.
Sois buenas
y tiernas,
llenas de vida.

Os tengo en mi mano,
os acuno
y quiero,
y por eso os lanzo al mundo:
Salid, acoged, proponed.
¡Perdeos!

No tengáis miedo
a tormentas ni sequías,
a pisadas ni espinos.
Bebed de los pobres
y empapaos de mi rocío.

Fecundaos,
reventad,
no os quedéis enterradas.
Floreced
y dad fruto.
Dejaos mecer por el viento.

Que todo viajero
que ande por sendas y caminos,
buscando o perdido,
al veros,
sienta un vuelco
y pueda amaros.

¡Sois semillas de mi Reino!

¡Somos semillas de tu Reino!

Florentino Ulibarri

